

das las opiniones: proclamar que la enseñanza debe ser libre, es proclamar que la verdad y el error tienen derechos iguales. Ahora bien: la Iglesia profesa, por un lado, el principio de que la verdad existe sin necesidad de buscarla, y por otro, el principio de que el error nace sin derechos, vive sin derechos y muere sin derechos, y que la verdad está en posesion del derecho absoluto. La Iglesia, pues, sin dejar de aceptar la libertad, allí donde otra cosa es de todo punto imposible, no puede recibirla como término de sus deseos, ni saludarla como el único blanco de sus aspiraciones.

Tales son las indicaciones que creo de mi deber hacer sobre los mas perniciosos entre los errores contemporáneos: de su imparcial exámen, resultan á mi entender demostradas estas dos cosas: la primera, que todos los errores tienen un mismo origen y un mismo centro: la segunda, que, considerados en su centro y en su origen, todos son religiosos. Tan cierto es que la negacion de uno solo de los atributos divinos lleva el desórden á todas las esferas, y pone en trance de muerte á las sociedades humanas.

Si yo tuviera la dicha de que estas indicaciones no parecieran á V. Emm. enteramente ociosas, me atreveria á rogarle que las pusiera á los pies de Su Santidad, juntamente con el rendido homenaje de profundísima veneracion y de altísimo respeto que profeso como católico hácia su sagrada Persona, hácia sus juicios infalibles, y hácia sus fallos inapelables,

Dios guarde á V. Emm. muchos años. Paris 19 de junio de 1852.—Eminentísimo Señor.—B. L. M. de V. Emm. su atento seguro servidor

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

CARTA INÉDITA

AL

DIRECTOR DE LA REVUE DES DEUX MONDES

EN REFUTACION

DE UN ARTÍCULO DE MR. ALBERT DE BROGLIE.

SEÑOR DIRECTOR DE LA REVUE DES DEUX MONDES.

PARIS 15 de noviembre de 1852.

Muy señor mio: En el número de la REVUE DES DEUX MONDES (*Revista de Ambos Mundos*), correspondiente al 1.º de noviembre, ha insertado Vd. un artículo, lleno de ingenio, en el que Mr. Albert de Broglie se pone en disidencia conmigo sobre materias de la mas alta importancia. Aunque poco inclinado por instinto y por convencimiento á conversar con el público, he creído sin embargo que en la ocasion presente no podia guardar silencio, sin correr el riesgo de ver acreditados con respecto á mí gravísimos y trascendentales errores.

No quiere decir esto que voy á entrar en discusion, ni mucho menos que voy á entablar una polémica con aquel escritor insigne. De todos los que me conocen es sabido que tengo las polémicas por peligrosas, y las discusiones públicas por vanas: por esta razon, puedo afirmar de mí, sin que afirmándolo haga otra cosa sino dar testimonio á la verdad, que he discutido pocas veces, y no he disputado nunca.

Soy aficionado, no lo niego, y aun así lo he declarado en otra ocasion con estas mismas palabras, á esponer sencillamente mis doctrinas: pero en general ni busco ni acepto la discusion; persuadido como estoy á que degenera fácilmente en

disputa, la cual acaba siempre por resfriar la caridad, por encender las pasiones y por inducir á los contendientes á faltar á tres grandes respetos: al que el hombre debe al hombre, al que debe á la verdad, y al que se debe á sí propio. Las palabras son á manera de semillas: yo se las doy á los vientos, y dejo al cuidado de Dios que las mande caer, segun sea su voluntad, sobre rocas estériles, ó sobre tierras fecundas. No siendo mi ánimo disputar ni discutir, lo único que me propongo al dirigir á Vd. esta carta, es deshacer brevemente algunos errores de apreciacion en que, contra su voluntad, ha incurrido Mr. Albert de Broglie en el brillante artículo que consagra, en parte, á la esposicion de mis doctrinas.

Consiste el primero en afirmar que soy idólatra de la Edad Media. En la Edad Media hay muchas cosas: hay, por una parte, asolamiento de ciudades, caída de Imperios, lucha de razas, confusion de gentes, violencias, gemidos: hay corrupcion, hay barbárie, hay instituciones caidas, é instituciones bosquejadas: los hombres van á donde van los pueblos: los pueblos á donde otro quiere, y ellos no saben: y hay la luz que basta para ver que todas las cosas están fuera de su lugar, y que no hay lugar para ninguna cosa, la Europa es el caos.

Pero además del caos hay otra cosa: hay la esposa immaculada del Señor, y hay un gran suceso, nunca visto de las gentes: hay una segunda creacion, obrada por la Iglesia. En la Edad Media no hay nada sino la creacion que me parezca asombroso, y nada sino la Iglesia que me parezca adorable. Para obrar el gran prodigio, Dios escogió esos tiempos oscuros, eternamente famosos á un tiempo mismo por la esplosion de todas las fuerzas brutales, y por la manifestacion de la impotencia humana. Nada es mas digno de la divina magestad y de la divina grandeza, sino obrar allí donde hombres, y pueblos, y razas, todo se agita confusamente, y nadie obra. Queriendo Dios demostrar, en dos solemnes ocasiones, que solo la corrupcion es estéril, y que solo la virginidad es fecunda, quiso nacer de Maria, y contrajo esponsales con la Iglesia; y la Iglesia fué madre de pueblos, como Maria Madre suya.

Vióse entonces aquella immaculada Virgen, ocupada en hacer bien, como su Divino Esposo, levantar el ánimo de los caidos, y moderar los ímpetus de los violentos, dando á gustar á los unos el pan de los fuertes, y á los otros el pan de los mansos. Aquellos feroces hijos del Polo, que humillaron y escarnecieron la magestad romana, cayeron rendidos de amor á los pies de la indefensa Virgen: y el mundo todo vió atónito y asombrado, por espacio de muchos siglos, la renovacion, por la Iglesia, del prodigio de Daniel, exento de todo daño en el antro de los leones.

Despues de haber amansado amorosamente aquellas grandes iras, y despues de haber serenado con solo su mirada aquellas furiosas tempestades, vióse á la Iglesia sacar un monumento de una ruina; una institucion, de una costumbre; un principio, de un hecho; una ley, de una esperiencia; y, para decirlo todo de una vez, lo ordenado, de lo exótico; lo armónico, de lo confuso. Sin duda todos los instrumentos de su creacion, como el caos mismo, estaban antes en el caos: suya no fué sino la fuerza vivificante y creadora. En el caos estaba, como en embrion, todo lo que habia de ser y de vivir: en la Iglesia, desnuda de todo, no estaba sino el ser y la vida, todo fué, todo vivió, cuando el mundo puso un oido atento á sus amorosas palabras, y una mirada fija en su resplandeciente belleza.

No, los hombres no habian visto una cosa semejante; porque no habian asistido á la primera creacion; ni la volverán á ver, porque no habrá tres creaciones. Diríase que, arrepentido Dios de no haber hecho al hombre testigo de la primera, permitió á su Iglesia la segunda, solo para que el hombre la mirara.

El segundo error consiste en suponer que aconsejó á la Iglesia una dominacion universal y absoluta. Yo no he tenido nunca, y no tendré jamás la altiva é insensata pretension de aconsejar á la que escucha y sigue los consejos del Espíritu-Santo: he echado una mirada al rededor de mí, y he visto enfermas y decaidas á las sociedades civiles, y en confusion y desconcierto todas las cosas humanas: he visto á las naciones embriagadas con el vino de la sedicion, y á la libertad ausente de la tierra: he visto á los tribunales

coronados, y á los Reyes sin sus coronas: jamás han presenciado los hombres tan grandes mudanzas y tan grandes reveses, y tan prodigiosos altos y bajos de la fortuna.

Al ver todas estas cosas, me he preguntado á mí propio, si toda está confusión, y este desconcierto y este desorden, no provienen por ventura del olvido en que están puestos aquellos principios fundamentales del mundo moral, de que es pacífica depositaria, y única poseedora la Iglesia de Jesucristo. Mi duda se ha convertido en certidumbre, al observar que solo la Iglesia ofrece hoy el espectáculo de una sociedad ordenada: que ella sola está quieta en medio de estos tumultos: que ella sola es libre; porque en ella el súbdito obedece amorosamente á la autoridad legítima, que manda á su vez con justicia y mansedumbre: que ella sola es fecunda en grandes ciudadanos, que saben vivir siendo santos, y saben morir siendo mártires.

Y á la vista de este gran espectáculo, he dicho á la sociedad civil:—«Tú eres desvalida y pobre, y la Iglesia opulentísima: pídelo lo que te falta, que no te lo negaré; porque sus manos están llenas de gracias, y su pecho de misericordias. ¿Buscas el orden? pídelo su secreto á la que está bien ordenada. ¿Buscas la libertad? aprende en la escuela de la que es libre. ¿Buscas el reposo? no le encontrarás sino en la Iglesia y por la Iglesia, que tiene la maravillosa virtud de serenarlo todo, y de dar paz á los ánimos. ¿Buscas la noción cristiana de la autoridad pública? estudia los grandes hechos de sus grandes Pontífices. ¿Buscas el secreto de las gerarquías sociales? pídeselo á la gloriosa muchedumbre de sus Obispos y de sus Patriarcas. ¿Buscas el secreto de la obediencia digna, y de la dignidad obediente? pídeselo á la nobilísima falange de sus sacerdotes. ¿Quiéres ser fecunda en hijos que vivan y mueran por su Patria? pídelo el secreto de la santificación, y el secreto del martirio.»—

No se trata aquí, como se ve, de la cuestión que consiste en averiguar si la supremacía corresponde al Sacerdocio, ó corresponde al Imperio: se trata solamente de averiguar si conviene ó no á la sociedad civil tomar de la Iglesia los grandes principios del

orden social; si la conviene ó no la conviene ser cristiana. El gran pecado de estos tiempos me parece consistir en el intento vano, por parte de las sociedades civiles, de formar para su uso propio un nuevo código de verdades políticas y de principios sociales; en el intento vano de arreglar sus cosas por medio de concepciones puramente humanas, haciendo una absoluta abstracción de las concepciones divinas. Los gobernadores de las sociedades civiles han dicho:—«Dividamos la creación en tres Imperios independientes. El cielo será de Dios, y allí se concentrarán las divinas concepciones: el santuario será de la Iglesia, y allí se concentrarán las concepciones religiosas: el hombre imperará en todo lo que hay entre el santuario y el Cielo; y en este Imperio vastísimo, todo se ordenará por las concepciones humanas.»—

De aquí esa grande esplosion de actividad intelectual, por la cual el hombre ha intentado igualarse, por un lado, con la Iglesia; por otro lado, con Dios, y levantar sus concepciones al nivel altísimo de las concepciones religiosas y de las concepciones divinas. De aquí la vuelta á la idolatría de la propia excelencia, la mas peligrosa de todas, porque es satánica. De aquí ese culto de latría, por parte de las gentes, hácia los hombres que con su ingenio han conquistado un trono en las esferas intelectuales. De aquí esa confianza insensata del hombre en el hombre, y del hombre en sí mismo, que me estremece por su imperturbabilidad, aun en presencia del desvanecimiento universal de todos sus vanos pensamientos y de todas sus vanas ilusiones.

Contad una por una, si podeis, las bancarrotas y las catástrofes de nuestros días; y observareis, llenos de asombro, que siempre es el orgullo el castigado por la catástrofe, y que el orgullo es el que hace siempre bancarrota. Dios suscita los tiranos contra los pueblos rebeldes, y los pueblos rebeldes contra los tiranos: Él es el que castiga el orgullo con otro orgullo; hasta que solo quede en pie el mas grande, cuya humillación se ha reservado á sí propio.

Vueltas á la infancia las sociedades de nuestros tiempos, habían llegado á creer que podrian evitar las miradas de Dios, tapándose los ojos para no verle. ¡Intento vano! Dios les ha salido

al encuentro en todas direcciones, y les ha atajado el paso en todos los caminos.

Y verdaderamente era muy difícil no encontrar alguna vez y en alguna parte á Aquel que vive en todas partes, y que vive eternamente.

De la misma manera que la sumision á los preceptos divinos no lleva consigo, ni esplicita ni implícitamente, la institucion de un gobierno teocrático; el reconocimiento, en la teórica y en la práctica, de las verdades fundamentales de que es depositaria la Iglesia, no lleva consigo, ni esplicita ni implícitamente, su dominacion en los negocios temporales. Jamás ha confundido la Iglesia estas dos cosas, de suyo tan diferentes: por esta razon, al mismo tiempo que busca y pide para sus dogmas, y aun para sus principios el imperio del mundo, porque el mundo no puede subsistir sino sometiéndose al imperio de sus principios y de sus dogmas, ha mostrado siempre no solo desvío, sino horror á ingerirse en la direccion temporal de las cosas humanas.

Hubo un tiempo en que la Italia, abandonada de sus emperadores y de sus capitanes, é inundada por el diluvio de la invasion, puso el cetro, la corona y la púrpura á los pies de sus Pontífices, aclamándolos, como en otros dias á sus Césares, pios, felices, triunfadores. La Iglesia empero, y la historia lo dice, recibió la salutacion popular, como Maria habia recibido antes la salutacion angélica.—*Que cum audisset, turbata est in sermone ejus.*—Ni las alabanzas angélicas, ni los clamores populares pudieron desvanecer á la madre humilde y á la humilde esposa de Aquel á quien su Profeta llama *ludibrio de las gentes, y varon de dolores*. Cuando, andando los tiempos, vemos á esos mismos Pontífices ajustando las diferencias entre los pueblos y los Reyes, mas bien, (fuera de los casos de abierta rebelion) como padres amorosos que como jueces inexorables, no hay que preguntarles por qué ejercen aquel ministerio altísimo y aquel arbitraje soberano: á los Reyes y á los pueblos es á quienes toca decir cuál fué la fuerza invencible y el instinto poderoso, que les movió á acudir en demanda de la justicia y de la paz á los únicos que eran entonces en la

tierra pacíficos y justicieros. A nosotros nos toca afirmar, sin temor de ser desmentidos, que sin aquella suprema jurisdiccion, conferida por el consentimiento universal á la Iglesia, la Europa y la civilizacion hubieran perecido juntamente. Sabedores como somos todos los que al presente vivimos, de los estragos que pueden obrar las revoluciones y las tiranías en estos tiempos en que no hay brazo ninguno que no padezca flaqueza, ni voluntad que no padezca desmayos, no puede sernos difícil calcular las gigantescas catástrofes que hubieran venido sobre la Europa, si la Iglesia no hubiera sido un dique, en aquellos tiempos violentísimos, contra el desbordamiento de las grandes tiranías, y contra el furor de las grandes revoluciones.

Sea de esto lo que quiera, pasó ya la época memorable y excepcional de su gloriosa dictadura sobre el pueblo cristiano, parecida por mas de un concepto á la que ejerció Dios personal y directamente sobre el pueblo judío. Hoy dia todas las cosas han vuelto á sus estados normales; y en el estado normal de las cosas, la Iglesia no obra sobre la sociedad sino por medio de una influencia secretísima; así como Dios no obra sobre el hombre sino secreta y calladamente por medio de su gracia. Esta maravillosa analogía entre la manera de obrar de la Iglesia sobre la sociedad, y la manera de obrar de Dios sobre el hombre, es una prueba mas de aquella inenarrable sencillez que Dios pone en sus medios, y de la inconcebible profundidad y estension que Dios da á sus designios.

Dejando emperó á un lado las observaciones importantes y curiosas á que daría ocasion el portento de esas analogías, por no permitirlo los estrechos límites de una carta, me contentaré con observar que entre Dios y su Iglesia hay otra semejanza, que consiste en ser de tal condicion, que quieren ser violentados por el hombre. Ni Dios es conquistador sino de los que solicitados por su gracia le conquistan el cielo, ni la Iglesia es conquistadora sino de los que vencidos por su influencia le conquistan violentamente su Santuario.

Que las naciones cristianas entren la Iglesia á saco; que se vis-

tan con sus divinos despojos; que coman todas del pan que ella amasa, hasta saciar su hambre; que hasta saciar su sed, beban todas en sus fuentes de aguas vivas: esto es lo que yo pido, y esto es lo que ella quiere, y esto es lo que yo entiendo por la dominacion de la Iglesia.

Vengamos ahora á la acusacion mas acreditada y, bajo cierto punto de vista, la mas grave: consiste esta en afirmar que aspiro á inculcar en los ánimos la necesidad de una restauracion de la Edad Media.

En la Edad Media hay que considerar dos cosas: aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que tuvieron su origen en la civilizacion propia de aquella edad; y aquellos hechos, aquellos principios y aquellas instituciones que, aunque realizados entonces, son la manifestacion exterior de ciertas leyes eternas, de ciertos principios inmutables, y de ciertas verdades absolutas. Yo condeno al olvido lo que instituyeron los hombres en aquella edad, para que pasara con aquella edad y con aquellos hombres; y reclamo con instancia la restauracion de todo lo que, habiendo sido ténido por cierto en aquella edad, es cierto perpétuamente.

El catálogo de lo que hay que dejar y de lo que hay que tomar en la Edad Media, llenaría las páginas de esa *Revista*; y la demostracion de la exactitud de aquel catálogo bastaria para ocupar anchamente algunos volúmenes. Siendo mi ánimo, al escribir esta carta, esponer mas bien que demostrar mis doctrinas, para evitar que se me atribuyan las que no tengo, bastará para mi propósito actual dar una idea sumaria de lo que en el órden político quisiera ver restaurado.

Una cosa llama poderosamente mi atencion en la Edad Media; y es su tendencia constante, aunque cuasi siempre infructuosa, á constituir la sociedad, y á constituir el poder con arreglo á los principios que forman como el derecho público de las naciones cristianas; así como me espanta la tendencia de la sociedad actual á constituirse y á constituir el poder público con arreglo á ciertas teorías y á ciertas concepciones que llevarian á los pueblos, por

rumbos desconocidos, fuera de las vias católicas. El resultado final de aquella dichosa tendencia fué la constitucion de la Monarquía hereditaria: el resultado de la tendencia actual será infaliblemente la constitucion de un poder demagógico, pagano en su constitucion, y satánico en su grandeza. El advenimiento de este poder colosal podrá ser retardado por la inconsecuencia de los hombres y por la misericordia divina: pero si la sociedad no muda de rumbo, su advenimiento, en un porvenir no muy lejano, á pesar de los vientos contrarios que hoy reinan en Europa, me parece inevitable.

Yo me propongo decir algo de lo mucho que pudiera decir acerca de los opuestos principios que sobre la constitucion del poder y sobre la constitucion de la sociedad, son como el alma de esas contrarias tendencias.

Hay una ley soberana, que Dios ha impuesto á los mundos: en virtud de esa ley, es necesario que la unidad y la variedad, que se hallan en el mismo Dios, se hallen, de una ó de otra manera, en todas las cosas: por eso el conjunto de todas las cosas lleva el nombre de *Universo*, palabra que, descompuesta, quiere decir la unidad y la variedad juntas en uno. En la sociedad, la unidad se manifiesta por medio del poder; y la variedad por medio de las gerarquías: y el poder y las gerarquías, así como la unidad y la variedad que representan, son cosas inviolables y sagradas; como que su coexistencia es á un mismo tiempo el cumplimiento de la ley de Dios, y la fianza de la libertad del pueblo.

La monarquía hereditaria, tal como existió en los confines que separan la monarquía feudal y la absoluta, es el tipo mas perfecto y acabado del poder político y de las gerarquías sociales. El poder era uno, perpétuo y limitado: era uno, en la persona del Rey; era perpétuo, en su familia; era limitado, porque donde quiera encontraba una resistencia material en una gerarquía organizada. Las Asambleas de aquellos tiempos no fueron nunca un poder. Cuando la monarquía, sin ser todavía absoluta, fué ya fuerte, fueron un dique, y nada mas: en los tiempos de la flaqueza de los tronos, fueron un campo de batalla. Los que han querido